

Richard Price
Lázaro resucitado
Traducción de Óscar Palmer

NOTA DE LECTURA PARA NADADORES

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Notas de lectura, Nadadores,
Fecha de Publicación: 10/02/2026 y 13/05/2026
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Richard Price: Lázaros resucitado

Traducción de Óscar Palmer
Madrid, 2026, Random House

Nota editorial: Sinopsis de LÁZARO RESUCITADO

Regresa Richard Price, la mente detrás de *The Wire*, con la historia del colapso de un barrio de Nueva York.

«Price vuelve a demostrar que es el bardo de la vida callejera en Nueva York». *Publishers Weekly*

Es 2008, y un colapso inesperado sacude las calles de Harlem: un edificio de cinco plantas se derrumba, dejando una nube blanca de escombros que lo cubre todo. Mientras los servicios de emergencia y los periodistas irrumpen en escena, el vecindario se sumerge en el caos. Aparecen seis cuerpos sin vida, y hay desaparecidos. Mary Roe, veterana agente del cuerpo de policía desgastada por su trabajo, se obsesiona por hallar a uno de ellos. Felix Pearl, joven fotógrafo recién llegado a la ciudad, capta el horror del derrumbe y la vida del barrio. Royal Davis, propietario de una funeraria al borde de la quiebra, husmea entre los restos de la tragedia en busca de «clientes» que le ayuden a sacar su negocio adelante. Y Anthony Carter, tras un par de días sepultado bajo toneladas de ladrillo, emerge milagrosamente de entre las ruinas para convertirse en un hombre nuevo con una misión y un poderoso mensaje.

Tras casi una década de silencio, regresa Richard Price, autor de *The Wire* y *Los impunes*, para mostrar, con un coro de personajes inolvidables y su habitual



mirada penetrante, las aristas de toda una comunidad; todo ello lo confirma como uno de los grandes maestros literarios de la vida urbana estadounidense.

La crítica ha dicho:

«*Lázaro resucitado* ofrece una coreografía vibrante en honor de Harlem, de sus gentes y su lenguaje. Todos necesitamos creer en algo, nos recuerda una y otra vez, y la gran literatura de la que forma parte es siempre una buena opción». Antonio Lozano, *Cultura|s, La Vanguardia*

«Dura y compasiva [...]. Price ha interiorizado sus dotes de narrador y los ha perfeccionado, convenciendo a la policía para poder acompañarles en sus casos. Tiene un gran oído para los diálogos callejeros y buen ojo para las descripciones. Es capaz de dar la medida justa de la gente con tan solo una frase». Leigh Haber, *The Los Angeles Times*.

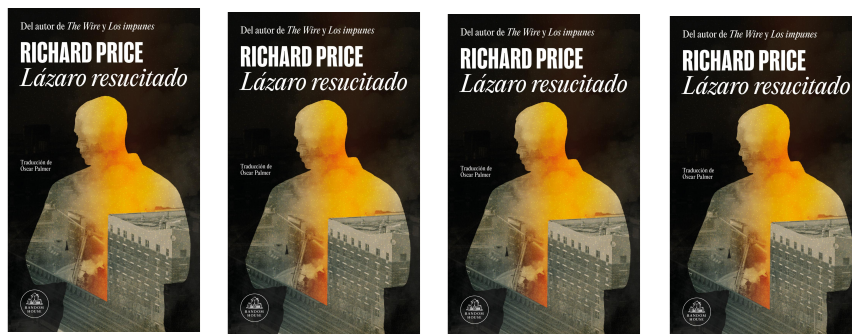
«El más extraño de los thrillers urbanos: una historia reflexiva, incluso sosegada, sobre darse de bruces con una vida nueva». Ron Charles, *The Washington Post*.

«Sus libros, incluido su flamante *Lázaro resucitado*, son obras maestras de personajes, atmósfera, simbolismo y cualquier otra cosa que esos escribanos fanáticos de la literatura supuestamente más elevada puedan lanzarte a la cara [. Price sigue siendo uno de los escritores de ficción más gratificantes y de lectura más compulsiva». Chris Vognar, *The San Francisco Chronicle*.

«Un libro difícil de clasificar [...]. Hay páginas rebosantes de diálogos brillantes, de un ingenio cada vez más pulido». Christian Lorentzen, *The New York Times Book Review*

«A pesar de toda la oscuridad de la novela, con sus reminiscencias al 11-S, lo que permanece es una especie de sensación de trascendencia en la experiencia compartida de la comunidad de Harlem y el espíritu de sus supervivientes. Una novela conmovedora de un urbanólogo literario en plena forma». *Kirkus Reviews*

«Es gratificante ver a este maestro de la narración urbana resistirse a la atracción de Hollywood el tiempo suficiente como para publicar otra exquisita novela sobre la vida neoyorquina [...]. La novela tiene un corazón sorprendentemente tierno. Incluso sus personajes abrasivos y crédulos siguen despertando afecto a su manera, y se conceden unos a otros una notable dosis de gracia». Laura Miller, *Slate*.



Demasiado laudatoria la selección que hace la editorial, como es lógico por otra parte, pero es verdad que la novela de Richard Price es vivaz y estimulante, buena en ese sentido, con muy abundantes diálogos resueltos con esa facilidad que se les nota a los guionistas de audiovisuales, como es Price. A pesar de que a él le molesta que le relacionen continuamente con Hollywood, y con *The Wire* en concreto, del que dice que sólo fue guionista de algunos capítulos, en esta novela ese perfil se le aprecia demasiado, incluso, y no es algo que desmerece, sino todo lo contrario, pues en ello está parte de su encanto como novelista; de lo que se precia, el ser novelista, pues su trabajo como guionista lo considera una manera de ganarse la vida: lo considera un trabajo poco estimulante al ser inseguro que sus mejores trabajos lleguen a materializarse y no terminen como proyecto desechado y olvidado en un cajón. Por ello, considera que sus novelas son las que le justifican como un escritor, que es lo que en realidad se siente. Esta novela, en concreto, tardó muchos años en terminarla, pues la comenzó a perfilar cuando se traslado a vivir a Harlem con su esposa, y considera que fue creciendo a la vez que iba conociendo su nuevo barrio, un tiempo lento en su maduración.

He leído esta novela de Price en una edición electrónica, no en libro en papel, lo que es una experiencia menos agradable, al menos para mí, y sobre todo menos sencilla para situar el lugar de la cita que quiero hacer a la hora de seleccionar los textos que deseo reproducir para mi nota de lectura para Nadadores; que es lo que pretendí desde un principio, a pesar de que ninguno de los personajes que aparecen tenga la experiencia saludable y vitalista de la natación en este relato coral de Harlem, anclado a tierra, al barrio, con ocasión del derrumbe de uno de sus edificios. Citaré, pues, los textos que utilice – que en su conjunto darán una idea bastante aproximada del perfil global del relato – por la página de situación sobre el total, que son 163 pp., en el formato en que lo leí.

Royal es el personaje que tiene una funeraria en plena decadencia por falta de trabajo, hasta el punto de tener que completar sus ingresos con otros trabajos menores para otras funerarias, como recoger cadáveres de casas particulares para llevarlos a la funeraria que se encargará de las ceremonias entorno al entierro, o también con otros trabajos no relacionados con las pompas fúnebres; como en el caso que veremos, una filmación cinematográfica para la que alquila su funeraria. Cuando se derrumba el edificio del barrio, Royal cree que podrá encontrar allí nuevos clientes para su negocio en decadencia, e incluso reparte propaganda pensando encontrar clientes con esa ocasión... Recordaba, sin embargo, tiempos mejores... (p.19/163).

No siempre había sido así.

A finales de la década de 1980, durante toda la de los noventa y en los primeros años dos mil — cuando entre el sida, la violencia asociada al crack y las guerras territoriales por el mercado de la cocaína llegó a recibir entre tres o cuatro cadáveres al día, viéndose en ocasiones incluso obligado a subcontratar servicios para poder hacer frente a todo el trabajo —,

podría decirse que Royal había nadado en la abundancia, al menos en comparación con su situación actual.

Y en el mismo contexto, la evocación de un rodaje en su local de la funeraria, en el que el propio Royal hacía de actor figurante como una especie de muerto viviente dentro de uno de sus ataúdes... (p.20/163)

Y ahora esto...

Supuestamente debía entrar en acción cuando oyese a la actriz protagonista, una atractiva joven nigeriana de grandes ojos e irritante acento británico, pronunciar la frase «¡Tiene que haber una puerta trasera!», momento en el cual Royal arrojaría a un lado la tapa del ataúd, se incorporaría hasta quedar sentado, agarraría a la muchacha de una pierna o del brazo cuando intentase pasar a su lado, la arrastraría hacia el interior del féretro e intentaría mordisquearla mientras los demás actores pugnaban por liberarla y matarlo de nuevo.

Mientras el equipo técnico y los actores esperaban a que terminara de pasar otra de las inacabables sirenas que sonaban en el barrio, Royal, nadando en sudor, empezó a quedarse adormilado en su caja...

Nadando en la abundancia, nadando en sudor... Metafóricos nadadores. Otro de los personajes del relato es Félix, un joven que acaba de llegar a la ciudad y al barrio y, con su cámara al hombro todo el día, busca rodarse como documentalista audiovisual haciendo todo tipo de trabajos, la mayoría de las veces sin recibir remuneración por ello, simplemente buscando experiencia. Así es como había conseguido imágenes originales del derrumbe de aquel edificio del barrio que sirve de eje principal de la novela. El único trabajo medio profesional que tenía era por cuenta del Ayuntamiento, para filmar la entrada de uno de los parques del barrio, con el vaivén de la gente y en horas determinadas; pero el resto de su tiempo no dejaba de filmar aquí y allá, e incluso para un activista urbano como era Calvin, que tenía una fundación sobre la violencia, tanto en sus reuniones con los jóvenes y niños como a los voluntarios que tuvieran testimonios ejemplares que contar con ese fin benéfico comunitario de advertir a la juventud de peligros latentes... Ese es el contexto del siguiente fragmento (p.40/163).

— Me llamo John Charles Wade, soldado de segunda categoría en la 10.^a división de montaña, 1.^a brigada, 2.^o batallón del 22.^o de Infantería, actualmente destinado en Fort Drum, Nueva York, y hermano mayor de Micah Wade por cuatro años.

JC estaba agarrotado y Félix pensó que a lo mejor se estaba esforzando demasiado en proyectar una imagen de marcialidad. O eso o le intimidaban las cámaras.

No se había comportado así cuando entró en el salón de actos y saludó con un abrazo a Calvin, el cual se había quedado a posta para recibirlo,

pero tan pronto como vio que la luz debajo del objetivo pasaba del rojo al verde, se puso tieso como un palo y las palabras fueron saliendo de su boca como si estuviera leyendo una lista vertical.

Una de las técnicas que había aprendido Félix observando a otros documentalistas de *Aspira* a la hora de tratar con individuos tensos y nerviosos como el soldado Wade era la de mantener el contacto visual con ellos al tiempo que cabeceaba continuamente en señal de aprobación, de modo que a cabecear tocaba.

— Micah siempre ha sido pequeño para su edad y en este barrio eso implica que nunca ha faltado gente dispuesta a atormentarle.

Asintiendo como una torre de perforación petrolífera con el motor revolucionado, Félix levantó el pulgar en gesto de ánimo y John Charles empezó a desprenderse ligeramente de la rigidez.

— Cada vez que veía que alguien se metía con él, mi impulso personal era intervenir, pero Micah odiaba que lo hiciese, decía que solo serviría para empeorar su situación al día siguiente.

JC dirigió una rápida mirada de reojo a Calvin, que se había sentado a un lado en una silla plegable, con los codos apoyados sobre las rodillas.

— Recuerdo que una vez le dieron una paliza delante de mis propias narices y me supo a cuerno quemado no poder inmiscuirme para impedirlo — JC rotó los hombros como si la camiseta y la chaqueta le apretaran demasiado —, pero Micah quería aprender a valerse por sí solo, a nadar o hundirse. Yo diría que a hundirse la mayoría de las veces, al menos hasta que pegó el estirón.

Félix interrumpió la grabación.

— ¿A qué te refieres?

— A que entró en la pubertad.

— ¿Puedes expresarlo de otro modo?

— Espera, espera... Hasta que su cuerpo maduró. Seguía siendo bajito y siguieron metiéndose con él, pero al menos ahora podía plantar cara respaldado por un poco de músculo.

Una ley del barrio, *nadar o hundirse*... Otro de los personajes principales es la policía municipal Mary, uno más de los ejes del relato, con sus problemas matrimoniales compartiendo la casa familiar con su marido y sus dos hijos e investigando los supervivientes del edificio siniestrado. Y sobre todo, el personaje principal es Anthony Carter, el Lázaro resucitado del título del libro, quien es sacado de los escombros unos días después del desastre, todos creen

que es una especie de milagro, y a partir de ese momento se hace muy popular sobre todo con sus discursos de regeneración personal a raíz del suceso y consejos pacifistas que se convierten en modélicos para la juventud de esos barrios marginales y difíciles... Precisamente en el momento en el que le descubren bajo los escombros es cuando, en un sueño o alucinación, cree ver a su hijita de seis años, o más bien la hijita de su mujer de la que se ha separado, y con ella de la niña, a la que quiere mucho... (p.56/163):

Antes de sentir que la piel de su pantorrilla volvía a abrirse como una cremallera tras rozarse contra el borde serrado de una piedra y de oír el agudo gruñido nasal de una persona pugnando con un peso superior al que podía levantar, Anthony Carter había estado intentando mantenerse a flote en mitad de un mar proceloso con su hijastra de seis años. Pretendía salvarla del aterrador oleaje agarrándola con fuerza contra su pecho, sin dejar de batir las piernas para evitar hundirse, pero ella no estaba por la labor y no paraba de revolverse entre sus brazos hasta que se liberó, para luego, sin mirar atrás, echar a nadar a lo perro en dirección a un barco lejano. Anthony la vio alejarse, preguntándose de dónde habría sacado aquella seguridad en sí misma.

— ¡Eh, tú! Aparta de ahí y largo — exclamó una voz masculina, colérica y autoritaria.

— No va a salir de ahí — repuso otra voz, gutural, cascada y enloquecida —. Puedes intentarlo, pero...

— ¿Es que no me has oído? Largo de aquí. ¡Vuelve a la acera! — luego, susurrando para un segundo interlocutor —. La hostia, si el edificio no lo ha matado...

Anthony notó manos ajenas sobre su cuerpo, dedos que le recorrían la parte superior, palpando su persona con la delicadeza de un carterista.

Se sentía como si lo hubieran encajonado con cierta holgura; si quería, podía moverse un poco hacia los lados, pero a pesar de aquel dolor amortiguado y persistente en la rabadilla y de que sus pulmones crepitaban como estática en la radio, se sentía a salvo allí donde estaba; se sentía, en cierto modo, reconfortado, así pues..., ¿por qué iba a querer?

Aquellas mismas manos le pasaron con sumo cuidado un collarín blando por detrás de la nuca y luego unieron los extremos bajo su mentón, dejándolo tan apretado que le dio la impresión de que se le empezaba a hinchar el rostro.

— Caballero, ¿puede abrir los ojos? — dijo una tercera voz, ronca y femenina.

Podía, pero tenía la vaga intuición de que, si lo hacía, únicamente le aguardaban un montón de problemas.

Y eso es todo. Ningún personaje realmente nadador, aquel barrio periférico de una gran ciudad americana no daba para más, para esa vitalidad elegante, alegre y vitalista que es el nadar... Sólo en un sueño o alucinación una vívida visión de su hijastra en una acción de *nadar a lo perro* más propia de alguien que no sabe nadar que de un verdadero nadador, nadadora en este caso.

Toda la novela mantiene esa prosa de párrafos cortos y muy visuales y plásticos, muchos diálogos y una facilidad narrativa envidiable que tal vez, a pesar de lo que desee el autor, debe mucho a esa práctica del veterano guionista profesional y de éxito...

He aquí una evocación del autor procedente de la misma editorial:

Richard Price es autor de nueve novelas, entre las que se incluyen *Clockers*, *Freedom* y *El Samaritano*, así como *La vida fácil* (Literatura Random House, 2010) y su primera novela, *The Wanderers* (Roja y Negra, 2013), escrita sólo con veinticuatro años.

Richard Price se dio a conocer mundialmente en 1986 por el guion de la película *El color del dinero*, que le valió una nominación al Oscar. Desde entonces ha participado como guionista en múltiples proyectos cinematográficos y series televisivas. Recibió el premio de la American Academy of Arts and Letters, y en 2007 el premio Edgar como coguionista de la serie de la HBO *The Wire*. *Los impunes* (Literatura Random House, 2016) es su última novela.

